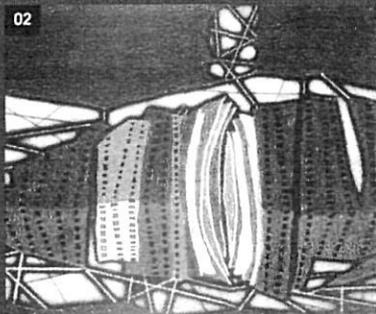




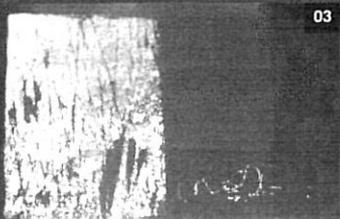
01

01 *Modest Cuixart*. Barcelona, 1925  
S/T, 1965. Aguafuerte.



02

02 *Roberto Delamónica*. Ponta  
Mora-Matto Grosso (Brasil), 1933  
S/T, 1962. Aguafuerte.



03

03 *Antoni Tàpies*. Barcelona, 1923  
S/T, 1960. Litografía.



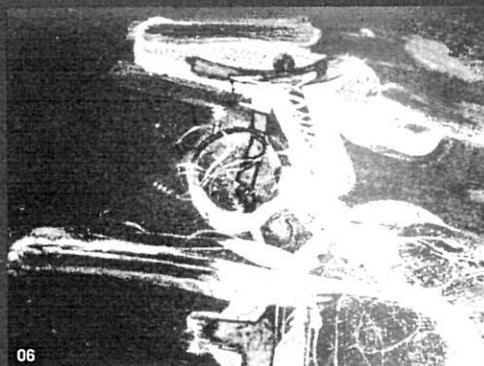
04

04 *Ignacio Berriobea*. Madrid, 1941  
S/T, 1974. Aguafuerte.

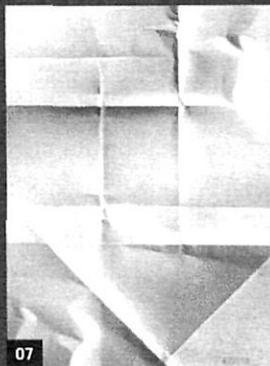


05

05 *Fernando Saez*. Laredo (Cantabria),  
1921. S/T. Aguafuerte.



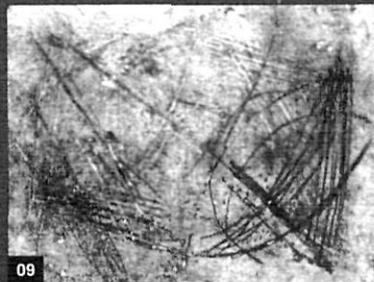
06



07



08



09



10

06 *Antonio Lorenzo*. Madrid, 1922,  
S/T, 1963. Aguafuerte.

07 *Leonardo Nierman*. México D.F.,  
1932. "Otoño", 1990 Aerógrafo.

08 *Alberto Gironella*. México D.F.,  
1929. "El glotón", 1960.  
Aguafuerte.

09 *Mª Asunción Raventós*. San  
Sadurn de Noya (Barcelona),  
1930. S/T, 1962 Aguafuerte y  
cera.

10 *Edgard Correal*. Bogotá, 1943.  
"Quindiuense II", 1987.  
Aguatinta.

# Corolarios

## Una historia feliz. Museo González Robles

ROBERTO GOYCOOLEA

*Subdirector Escuela de Arquitectura, Universidad de Alcalá*

CONCHA GÓMEZ

*Arquitecto*

### LA HISTORIA

No abundan las historias felices en este cambio de milenio cada vez más tenso e injusto. Tampoco sobran en él filántropos que elijan el bien público antes que el beneficio económico. De ahí que el Consejo Editorial de *Quórum* haya considerado pertinente dedicar las ilustraciones y este apartado de la revista a una feliz historia filantrópica.

Toda historia requiere de tiempo, lugar y acción para manifestarse: El lugar es Madrid, más exactamente, el piso de nuestro filántropo; el tiempo, los últimos años del siglo pasado; la acción, en síntesis, la que sigue: La vista desde el salón era magnífica. A los pies se divisaba la Ciudad Universitaria como un gran jardín jalonado de volúmenes multiformes, a lo lejos, la Sierra de Guadarrama y, dado que la mañana otoñal era cristalina, El Escorial. Pero no era el panorama lo que nos extasiaba. Pese a las vistas, era imposible desatenderse de las paredes del lugar donde nos encontrábamos, tupidas de óleos, dibujos, grabados y fotografías, de las vitrinas, atestadas de delicadas artesanías, de las estanterías repletas de libros, de las distintas habitaciones, que una tras otra contenían más óleos, más dibujos, más grabados. En medio de este espacio singular y en gran medida sobrecogedor –tanto por el contenido como por la atmósfera indescriptible derivada del atiborramiento de objetos personales y obras de arte– era aún más difícil no interesarse por el “dueño” –aunque este término él no lo emplearía– de todo aquello. Un hombre de mirada inteligente y ademanes elegantes que no ocultaba la preocupación y esperanza que le producía la situación. Considerando lo que estaba en juego, su estado de ánimo era justificado.

Desde hace muchos años rumiaba una idea que parecía concretarse. Donar las obras de arte, artesanía y archivos que había reunido a lo largo de su vida en excepcionales circunstancias a alguna Institución de reconocido prestigio para que fundase con ellos un Museo Público.

Como se adelantó, la historia tuvo un final feliz: La Universidad de Alcalá tuvo a bien acoger la colección de Don Luis González Robles y crear un museo que lleve su nombre.

Luis González Robles (Sevilla, 1916). Según su propio relato, durante más de cuarenta años (la mitad de su vida), ha seguido el quehacer plástico de un gran número de artistas sobre todo españoles e iberoamericanos; por su colaboración en la preparación de la primera Bienal Hispanoamericana de Arte, presentada en Madrid en octubre de 1951, y después por los encargos de la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores para seleccionar las participaciones de España en las Bienales y Exposiciones internacionales. Ha seguido las preocupaciones de los artistas, sus investigaciones y pesquisas, ha tenido la oportunidad de visitar a muchos en sus talleres y en la actualidad sigue en contacto con ellos lo que le permite conocer sus nuevas obras.

La preparación de la Exposición “Arte de América y España”, gestada desde el Instituto de Cultura Hispánica, hizo que durante dos años recorriera los estudios y galerías más importantes de América en busca de lo más interesante que allí se fraguaba.

Este constante contacto con los artistas le ha llevado a valorar y estimar en su justa medida el lenguaje universal del Arte del siglo XX, su gran calidad y elevada jerarquía, su presencia viva y su total integración en la Historia del Arte. Ha sido testigo de excepción de sus dudas, vacilaciones y de su inquebrantable vocación de triunfo. Participó también, de su sufrimiento y frustración cuando no encontraban el camino y quedaban encerrados en callejones sin salida. A la hora de hacer las selecciones para cualquier evento, debía marcarse unos objetivos claros y firmes que le permitieran un refugio en el que ampararse de su propio sentimentalismo. “Habiendo sido testigo del esfuerzo es difícil olvidar los problemas y el mérito personal y tener que fijarse solo en los resultados”.

Desde el inicio de su actividad se marcó una tarea con fines claros y sencillos; conseguir que el arte español, no uno u otro artista, sino el arte que entonces llamaban de vanguardia, traspasara las fronteras y se conociera fuera lo que, de alguna manera, apenas se valoraba dentro. Había que lograr que la presencia española tuviera el nivel y reconocimiento que se merecía. Apostó por los jóvenes, por aquellos artistas para los que ir a alguna bienal suponía el inicio de una etapa de madurez y consolidación.

El éxito no tardó en llegar; a los importantes triunfos de los artistas, todos ellos ya en la historia universal del arte contemporáneo, les sucedieron nuevos pre-



mios y otros reconocimientos no menos importantes, como el contrato de muchos de ellos con galerías de reconocido prestigio.

Lo lograron los artistas. Bastó un pequeño escaparate, dejar que la gente viera lo mismo que él contemplaba todas las tardes en los estudios y galerías, para que se descorriesen todas las cortinas y entrase la luz.

Ha sido una vida por y para el Arte. Las relaciones personales con los distintos artistas se han transformado en amistades en muchos casos muy profundas y duraderas. De esos encuentros fue surgiendo una colección que poco a poco se fue haciendo importante y que, todavía en la actualidad, sigue creciendo gracias a la generosidad de los artistas.

En su casa se han ido acumulando, con el transcurso de los años, cuadros, obra gráfica, escultura, arte popular y documentación que bien estructurados pueden ayudar a comprender la gran eclosión del arte en la segunda mitad del siglo pasado. El predominio de la obra gráfica, de la que él es un gran conocedor, se debe también a la facilidad de transporte que ofrece y a sus dimensiones, en general más pequeñas, que convierten la obra en más doméstica.

Se trata de una colección singular en la que cada pieza tiene su propia historia; desde la más pequeña felicitación de Navidad realizada expresamente para Luis, hasta cuadros que han figurado en Exposiciones importantes. Todas, por tanto, añaden a su valor cultural el valor afectivo. Este valor afectivo y el hecho de que Luis siempre se haya considerado un mero depositario de las obras, le ha impedido desprenderse o vender nada porque para él “lo único efectivo es lo afectivo”.

Y ahora, gracias a la Universidad de Alcalá Luis González Robles inicia un proyecto cultural de amplio alcance. Plantea un Museo (siguiendo la opinión de Vicente Aguilera Cerní) no sólo como espacio para exhibir, conservar y estudiar una colección de obras consideradas artísticas, sino, sobre todo, como una Institución Pública que responda a dos finalidades primordiales: la educativa y la del enriquecimiento del patrimonio. Partiendo siempre del principio de que los valores y testimonios de la cultura deben estar al alcance del conocimiento de la ciudadanía; entendiendo como cultura artística la más amplia representación de obras culturalmente importantes para el desarrollo de los conocimientos humanos y no el mero prestigio de lo singular o supuestamente más representativo.

La fundación de este Museo es motivo de felicidad para todos los que de algún modo estamos implicados en esta ilusión. Queremos aprovechar estas páginas para mostrar nuestra gratitud.

En primer lugar a Luis González Robles, por la confianza sin límites que ha depositado en nosotros y por hacer que nuestra vida se haya transformado participando de un mundo, el del Arte Contemporáneo, del que ya estábamos previamente enamorados.

Por otra parte a los artistas, que con su generosidad inagotable han hecho posible la realidad del Museo. Ellos con su esfuerzo, dedicación y trabajo nos permiten acercarnos al conocimiento del mundo con mejores y mayores herramientas.

Y, por último, a la Universidad de Alcalá que nos acoge, al Rector y al Vicerrector de Extensión Universitaria, quienes con su empuje ponen los medios para que el proyecto llegue a buen puerto; y al Departamento de Arquitectura en pleno que nos anima y nos presta su ayuda y consejo en la pequeña labor del día a día.

Esperamos de todo corazón no defraudar a nadie y a este fin dedicaremos nuestras aptitudes y talentos.

Para finalizar, presentamos aquí una pequeña selección de imágenes de obra gráfica española e iberoamericana. En el siglo XX con el desarrollo de la fotografía y otras técnicas, el grabado, que anteriormente había estado en gran parte al servicio de la ilustración de textos, se ha ido independizando. Casi todos los artistas plásticos han aprovechado la eficacia de la obra gráfica por sus posibilidades de multiplicidad y proyección para comunicar su mensaje. La selección es pequeña por razones de espacio, pero ilustrativa de la colección de Luis González Robles. ●